

# Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.º, 1.º

Paquetes de 10 ejemplares	1'00 ptes
Suscripción: España un trimestre	1'00
Extranjero	1'50

## Nuestra tarea

Al encargarnos de la Redacción de TIERRA Y LIBERTAD, lo hacemos llenos de bellas esperanzas y con el ánimo dispuesto a trabajar para el levantamiento del espíritu anarquista de la gran colectividad obrera española, al mismo tiempo que a superarnos nosotros mismos para que nuestra obra sea lo más fecunda y extensa posible a fin de que el criterio libertario y racional de la mentalidad anarquista se manifieste en todos los órdenes de la vida moral, material e intelectual, no solo destruyendo, sino creando también al mismo tiempo; no sólo negando, sino afirmando además; no sólo acrecentando el número de los adeptos, sino también su calidad hasta el punto de que cuando un hombre se llame anarquista sea ello equivalente a una superioridad moral e intelectual sobre los demás de la propia clase social a que pertenezca.

Pero para ello, para que esos buenos deseos lleguen a ser realización, es necesario que los anarquistas españoles nos inteligenciamos más, haciendo un cuerpo robusto de la colectividad anarquista española. Hay que comunicarnos más, reunirnos y volver a darnos las manos, anulando para siempre las causas generadoras de nuestras diferencias surgidas por influencias exteriores odiosas y hasta personales, absurdas entre anarquistas.

Y, a ese deseo que sentimos muchos compañeros de España de que resurjan las energías colectivas; a ese afán de despertamiento intelectual, se debe nuestra decisión de dedicar nuestras energías individuales a la redacción de TIERRA Y LIBERTAD, del que quisiéramos hacer el mejor de los periódicos del mundo.

Es innegable que la fuerza de una colectividad de hombres luchadores por un ideal, es proporcional a la importancia de su prensa. De poco les servirá la bondad de sus doctrinas, de nada la cantidad y calidad de sus adeptos, sin una prensa bien organizada cuyos fuertes ecos lleguen persistentes a todos los oídos penetrando en el corazón del pueblo. El periódico es la acción más firme, más universal, más eficaz para la propaganda, la defensa y

aun para el ataque. La palabra impresa es lo que obra más y mejor en la conciencia del individuo; robustece a los débiles, da coraje a los tímidos, arraiga con más fuerza las convicciones y el amor hacia los ideales; sugiere pensamientos propios, comentarios íntimos que avvaloran más los conceptos leídos, y en esa conversación periódica entre el individuo y la hoja impresa, ve más dilatados y nuevos horizontes. La sugestión ejercida por la prensa, llega hasta vencer la indiferencia o la prevención del que lee, pues más o menos tarde el periódico leído viene a ser para él un compañero inseparable que presenta luego a los amigos del taller, de la fábrica o del terruño y se identifican con él como carne de su propia carne.

Pero para que nuestra prensa dé esos bellos resultados, es necesario que nuestra crítica no se limite a un solo aspecto, huyendo de la monotonía singular, que se hace pesada. La prensa anarquista, más que la gota de agua continua que horada la piedra, ha de ser la palanca que buscaba Arquímedes para remover el mundo; unámonos todos, pues, para ello como fuerza, teniendo como punto de apoyo el ideal.

Nuestros propósitos son de que TIERRA Y LIBERTAD, contando con el concurso de valiosos colaboradores, en sus aspectos doctrinal, polémico, satírico y de crítica general, o, en otros términos, en sociología, en artes y en intereses populares, llegue a bastar para la satisfacción de un público culto.

Es preciso soterrar dogmas en todos los órdenes de la vida y del saber. Hay que hurgar, pues, en todos sentidos, en ciencias, en artes, en las costumbres y hasta en nuestro propio rutinismo obrero que, atascado en una limitación legislativa pedigruesa de *mejoramientos* ficticios de la que no se procura pasar, es un obstáculo que debemos apartar para que los sindicatos obreros dirijan francamente sus energías hacia nuevas orientaciones de positiva reivindicación.

Estos son nuestros anhelos. Denos, pues, su mano los cerebros jóvenes y originales para ayudarnos en la tarea que vamos a emprender.

LA REDACCIÓN

## La tragedia de Cenicero

Según carta que tenemos a la vista de los compañeros de Logroño, en la primera quincena de mayo, sin que podamos precisar el día fijo, se celebrará el Consejo de Guerra que ha de juzgar a los compañeros encartados en la causa por los fatales sucesos que en Cenicero tuvieron lugar.

Relatar minuciosamente los hechos sería cansar la atención de nuestros compañeros y lectores, al mismo tiempo que repetir conceptos con anterioridad expuestos en estas columnas.

Sin embargo, para aquellos que, leyéndonos, los desconozcan, o para los que los hayan olvidado, haremos un relato sintético con el sólo fin de que les sirva de orientación.

En ocasión de una huelga realizada en el mes de febrero de 1915

contra el patrono Bujanda, éste se mostró intransigente hasta el extremo que originó un choque entre la fuerza pública y los huelguistas, choque del que resultaron un guardia civil muerto y el cabo y otro heridos. De los huelguistas no hubo muerto alguno, aunque si varios heridos. La consecuencia de esto fácilmente se comprenderá: la represión en funciones y las detenciones a granel.

El resultado final se puede sintetizar en esto: tres penas de muerte solicitadas por el fiscal a otros tantos compañeros y unos cuantos años de presidio para los otros detenidos.

¿Consentirá el proletariado español que el estigma del ajusticiado llegue a cernirse sobre unos cuantos pequeñuelos y que otros floren

durante muchos años la ausencia del padre, mientras éste sufra los horrores inherentes a la vida del presidiario?

¿Sucederá esto sin que nuestra protesta, nuestro clamor llegue a conmover en lo más profundo los sentimientos de todos los amantes de la justicia, hasta provocar una reacción que devuelva la libertad a nuestros compañeros?

No lo creemos; no podemos creerlo. Si tal sucediera, podríamos decir que ya no piensan los hombres en la justicia, que los más bellos sentimientos de humanitarismo sólo son palabras que engendran pensamientos morbosos, de los cuales se habla cuando la necesidad imperiosa obliga y que más pudiera considerarse como moderno sport que como manifestación racional engendrada en las necesidades de la vida.

Creemos firmemente que estas meras suposiciones no llegarán a convertirse en realidades y que dentro de algunos días, reivindicados ante la justicia histórica y, lo que es más esencial, ante la justicia humana, nuestros compañeros, los que hace ya muchos meses sufren las consecuencias de actos que no provocaron y en los cuales no tuvieron arte ni parte, recobrarán la libertad que tan injustamente se les arrebató, volviendo al amor de los suyos, de los que en tantos meses de ausencia forzada, han aprendido a amarlos con más intensidad, con más fuerza, por creerlos víctimas de un error judicial y de venganza de intereses creados.

Si, estas son las víctimas de hoy, como otras lo fueron ayer y como, desgraciadamente, otras lo serán mañana. Víctimas de la organización social que nos es impuesta; víctimas de todo un régimen de oprobio y de intereses contrapuestos; víctimas de las bajas pasiones que en su ignorancia los hombres han creado, colocándolas a tan alto nivel, que ellas solas dictan actualmente la norma a seguir en las relaciones sociales; víctimas que hemos de procurar arrancar de las manos del verdugo si no queremos que ante nosotros se alce el espectro de la cobardía y de la indiferencia.

Ya que está fuera de nuestro alcance salvar las víctimas de ayer, procuremos hacer todo lo posible, trabajemos sin tregua ni descanso hasta salvar las de hoy, que con esto, además de dar cumplida satisfacción a nuestro afán de remediar, evitándolos, los males presentes, plantaremos un jalón, adelantando un paso para reducir el número de víctimas de mañana.

Nuestra actividad, nuestros esfuerzos, nuestra propaganda en el momento presente, en los pocos días que restan, ha de ir encaminada a ese fin, a conseguir la excarcelación y completa liberación de los por tanto tiempo perjudicados, para que puedan volver al lado de los suyos a reanimar con el calor de sus besos a los tiernos vástagos que hace meses permanecen yermos de todo calor paternal, esperando con ansia indescriptible que llegue el momento de resarcirse de la vigilia que, contra su voluntad y la de los suyos, un accidente de la vida ha interpuesto en su camino.

Demos de mano todo otro asunto; olvidemos por unos días la rapacidad de que la burguesía nos hace víctimas, para defender a los nues-

tros; consideremos que el tiempo apremia y que el mal, si se produce, originará consecuencias lamentables y que, por lo tanto, bien podemos abandonar momentáneamente toda otra labor para obtener lo que deseamos, pues el calor de la victoria nos reforzará para continuar la lucha que perentoriamente abandonamos, y que la vida de tres hombres y los años de presidio de otros bien valen este pequeño sacrificio.

No olvidemos, compañeros y amigos, que la justicia histórica, la justicia de los potentados, cuando puede, cuando no hay un freno que la contenga si de juzgar a los nuestros se trata, a los que gallardamente, altivamente, sin bravuconadas, pero con entereza, reclamamos el puesto que en el concierto de la vida nos pertenece, se declara bárbaramente inexorable, horriblemente cruel, rígida con la rigidez de un muerto que en su venganza quisiera juzgar a los vivos, para hundirlos, para aniquilarlos, procurando acabar por todos los medios con los que considera y lo son, sus más encarnizados adversarios.

La ley, el código, este conjunto híbrido de reglas y mandatos impuesto al ser humano como necesidad ineludible, no es otra cosa que la esfinge de la opresión que, movida a capricho por los detentadores de todos los privilegios, atenaza con sus manos, hasta extrangularlos, a los que no han sido lo suficientemente ladrones para enriquecerse o suficientemente abyectos para anularse.

Paes bien: en nombre de estos principios y de estas leyes, nuestros compañeros van a ser juzgados, y si los abandonamos al azar, puede ya con anticipación preverse cuál será el resultado.

Se impone la inmediata celebración de actos públicos hasta crear un estado de opinión favorable a los inculcados, al mismo tiempo que creamos oportuno se remitan telegramas de adhesión con los procesados al Comité pro presos (Baños, 7, Logroño) para que el abogado defensor pueda testimoniar ante los jueces encargados de fallar la causa, que no es a los acusados a quienes se juzga, sino a todo un pueblo que piensa y sufre y que por esta causa se hace solidario de los que ante los jueces se presentan.

Una vez más la espada de Damocles se alza ante nosotros, tétrica, amenazadora, refulgente al chocar con los rayos del sol, de una refulgencia y un brillo admirables; mas si permitimos que caiga y que al caer choque con los cuerpos de los nuestros, ya no se alzarán refulgente, brillante, que se alzarán roja, ensangrentada, y al chocar de nuevo con los rayos solares despedirá fulgor sanguinolento, que será una vergüenza más para los eternos victimarios, al par que un acusador perenne de nuestra incapacidad y nuestra cobardía.

## Nueva Redacción

Han entrado a formar parte del grupo editor de TIERRA Y LIBERTAD los compañeros Costa-Iscar, Pestaña, Mas-Gomeri y Grau, quienes se encargarán, desde este número, de todo lo concerniente a la redacción y a la selección del original de colaboración.

Del ambiente y de la vida

## Cigarrales y hormigueros

«Inquieta pensar —dice el autor de estas divagaciones nada menos que el excelentísimo señor Director general de Correos y de Telégrafos— que su pluma de usted despierte dudas en las muchedumbres acerca de lo que cuesta el ahorro. No es necesario impedir que la cigarra cante; lance en buen hora al aire y cuanto pueda sus clamores; pero no se olvide nunca la hormiga de que, sin ella, el granero quedará vacío, y granero sin provisiones sólo hace pensar en desdichas y muerte. Los que en la lucha por la vida caen rendidos por la vejez, necesitan ser amparados de algún modo: a vivir a expensas de lo suyo o a expensas de la caridad. El poder de aquéllos es tan escaso como limitadísimo el de éste. Pensar que los Estados atenderán a todos sus inválidos es una quimera; no hay otro remedio que el de la previsión, y la previsión no tiene más fórmula práctica que el ahorro.»

Transcribo estas palabras del insigne literato, político y amigo afectuoso y cordial don José Francos Rodríguez, y registro una afirmación dolorosa: «El Estado no puede atender a sus desvalidos». Pero entonces el Estado es un organismo imperfecto; no cumple su misión, casi estoy por decir que para nada sirve; porque el fin principal de toda asociación, después de la función de Derecho, es la protección mutua. El Estado se limita a proteger a sus empleados con cesantías y haberes pasivos; pero de *minimis non curat*, a los demás ciudadanos les deja morir de hambre. ¿No será esta la explicación del afán con que todo el mundo busca los cargos públicos, aun a costa de los mayores sacrificios? Es preciso pensar en el porvenir para no tener que apartar cinco céntimos del jornal o del haber misérrimo a fin de adquirir un sello de la Caja Postal de Ahorros y hacerse la ilusión de que el bienestar durante la vejez queda asegurado.

No, amigo Francos. No es lícito predicar el ahorro a quien carece de lo necesario para la vida. Guardar diez pesetas diarias puede ser prueba de cordura; supone un haber suficiente a atender las necesidades propias y ajenas. Economizar cinco céntimos es siempre una forma de suicidio lento, porque implica una disminución en el alimento, en el abrigo, en la capacidad de la vivienda o en los minutos de descanso, y porque una cantidad tan pequeña jamás puede producir por acumulación otra suficiente para resolver en la ancianidad el problema de la subsistencia. La hormiga, almacena; pero, antes, come; si su alimentación fuera escasa, su granero estaría vacío; se guarda el sobrante, nunca lo que hace falta para la necesidad del momento. Y, además, las hormigas, engendran cigarras. «A padre ahorrador —dice la sabiduría popular— hijo gastador.» Por eso el obrero no debe economizar, porque los jornales de los obreros no llegan jamás a bastar a las necesidades de una familia. Ahorrar dinero es malversar energías; pensar en la vejez es malbaratar neciamente los elementos necesarios al vigor de su juventud.

Pese a esta regla de buen sentido, los padres de familia, de modestos recursos, ahorramos; nos privamos de toda recreación para dejar un pedazo de pan a los hijos. Llegada nuestra muerte, dirán los amigos: «¡Bah! La familia de Fulano ha quedado bien». Y nuestra familia tendrá recursos para unos cuantos meses, pasados los cuales nadie se acordará, pensando que goza de cuantiosa fortuna, gracias al ahorro. Todo por no haber aprendido que lo que hay que hacer con los hijos no es dejarles una peseta, sino enseñarles a trabajar.

En cambio, nuestros compañeros dispadores de caudales son más afortunados. Llegada su vejez serán sus hijos colocados o dispondrán de plaza en hermosos colegios; por de contado, trabajarán